



Use Lahoz Jauja

DESTINO

Jauja

Use
Lahoz

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1483

© Use Lahoz, 2019
Por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-233-5641-6
Depósito legal: B. 23.346-2019
Impreso por Limpergraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

María Broto

Barcelona, 2016

—*¡Adiós, casa!*

—*¡Es hora de irnos!... Adiós, vida pasada...*

—*¡Oh, mi querido, mi delicioso, mi bello jardín!*

—*Mi vida, mi juventud, mi felicidad... Adiós.*

Es el final. Una última sombra huye del escenario. Los aplausos son cada vez más intensos. Sobre las tablas, el vacío oscuro. En la platea, el entusiasmo y las luces que, paulatinamente, se van encendiendo. Los actores, de un lado y del otro, regresan y se cogen de las manos para hacer una reverencia. Entre el público, un señor aplaude y detiene la mirada en una de las actrices. Con el pensamiento, vuelve al pasado y redescubre en esa sonrisa emocionada a una niña. Persisten los aplausos y hay incluso quien grita algo ininteligible, como un aullido, que precede a un potente «¡Bravo!».

Es la tercera vez que los actores saludan. Su satisfacción es ahora más perceptible en los rostros, liberados ya de la tensión del texto, de la carga emotiva de la

representación y del estreno. Obligado por la tropa, el director sube a escena, saluda al público y señala hacia el rincón donde están los técnicos de luces y de sonido. El hombre que aplaude solo tiene ojos para una de las actrices, María Broto, y con ella otros nombres atraviesan su memoria y, desde ese abismo del tiempo, parece que también le saluden: son sus abuelos, su padre, su tía, su amiga. La ha reconocido desde el principio, en cuanto se ha pronunciado su nombre, Liuba Andreievna. Quién lo iba a decir, María Broto interpretando una obra tan larga y sin equivocarse en una sola réplica.

Ese hombre piensa ahora en un profesor que tuvieron ambos al que le gustaba mucho el teatro. Quizás fue allí donde empezó todo. Aunque qué más da dónde empezara. Lo que importa ahora es que él está aquí y que la gente empieza a abandonar sus butacas y que tiene que localizar a esa actriz.

En la calma del *hall*, rememora una frase del final de la obra declamada por ella: «Adiós mi querido, mi tierno, mi bello jardín», y piensa en una plaza descascarillada y en las eras por las que correteaban niños sin lumbre que aprovechaban el más nimio rayo de sol para calentarse. Chiquillos inquietos y fibrosos, ninguno tan ágil como él, renacuajos cuyas carreras se fueron diluyendo como rayas de nube en el cielo, hasta quedarse en nada. Ahora le viene grande el decorado, pero tiene una responsabilidad. Ha prometido a los abuelos que la encontraría y le dará la noticia. Él, que no ha ido nunca al teatro, fue niño y compartió las calles de un pueblo con otros niños como él predestinados a riesgos de suburbio, azarosas rendijas en tabiques de lata, e interiores con moscas, observa con

asombro las paredes forradas de carteles que anuncian títulos que desconoce: *La tempestad*, *Tío Vania*, *Oleanna*. Bajo la refulgente luz de las lámparas advierte halagos en las voces con las que tropieza y que buscan la calle. Poco a poco se va quedando solo mientras se disipa el bullicio. Un vigilante se le acerca y, tendiendo una mano, le invita a abandonar el vestíbulo. Pero él no piensa hacerlo. Tiene que esperar a una de las actrices como sea. El vigilante le indica que la puerta de salida de los actores es otra. Una vez en el exterior del Teatre Lliure, frente a una puerta metálica en la que lee «salida de emergencia», se decide a fumar. Está en la calle de Leopoldo Alas, a estas horas un callejón silencioso. El repentino frío que ha traído la noche le arranca un ligero temblor. Apenas quedan ya cuatro gatos a los pies de las escaleras del teatro. Un taxi ocupa parte de la acera de la calle Montseny y se detiene. Es entonces cuando se abre la puerta metálica, y resuenan risas y alegría destilada en elogios y felicitaciones. Vestidos de calle, flanqueados por amigos y familiares, los miembros de la compañía se encienden cigarros, hablan de la cena prevista y de esperar a los otros. María Broto sujeta un ramo de flores.

El hombre que tanto ha aplaudido la función se acerca dubitativo. Y con un hilo de voz pronuncia su nombre:

—María... —alcanza a decir.

Ella detiene el paso y repara en ese individuo al que mira con una mezcla de costumbre (no es la primera vez que un admirador la requiere) y extrañeza (no lo conoce de nada). Sonríe y aguarda la enhorabuena, que no llega.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunta él.

El grupo se dispersa.

—No, para nada —asegura María. Le ha pasado muchas veces. Ellos se acuerdan, pero ella, ¿cómo va a acordarse ella de todos? Es imposible—. ¿Debería?, ¿nos conocemos?

A su alrededor se suceden varias conversaciones simultáneamente: «Vamos a la Plaza del Sol»; «pero si he llamado al taxi y he reservado en el Giardinetto». Fruto de los nervios es el temblor del labio de ese hombre, que asiente y que habla tan despacio que sacaría de quicio a cualquiera:

—Sí, sí que nos conocemos.

María Broto levanta los hombros y niega con la cabeza. La sonrisa ha dado paso a un mohín de perplejidad. Tiene los ojos vidriosos. Son muchas emociones en muy poco tiempo. Las flores le rozan la mejilla.

—Pues la verdad es que ahora no caigo, como no me des más pistas... ¿Alguna fiesta?, ¿del insti?, ¿representas a actores?, ¿algo de publi?

El hombre traga saliva y se decide:

—No, soy Rafael. —Ante la falta de reacción por parte de ella se ve obligado a explicarse—. Rafa, bueno, el Rafelín, de Valdecádiar...

El recuerdo se adueña del cerebro de María Broto y da vueltas y más vueltas hasta que logra ubicar ese rostro maduro, con barba, ciertas manchas y piel arrugada por los bordes de los ojos, en el rostro de un niño pálido y de mirada cristalina.

—Rafelín... Claro, el vecino, el de la Replaceta, el del Bernardo... —aliviada vuelve a sonreír—, pues sí que has cambiado.

Tiene tiempo de evocarlo fugazmente, encaramado al árbol más alto del pueblo. Un tirillas poco hablador, pero curioso, escuálido y ágil como una lagartija, las rodillas raspadas y la pillería en los ojos.

—He visto la obra —dice él como si quisiera ganarse la aceptación de María—. Hay que ver... lo lejos que has llegado.

—¡María! —Alguien grita su nombre desde el fondo de la calle, junto al taxi—. ¿Pero qué haces? ¿Vienes o no?

Nada le gusta más que ser halagada, pero no puede responder a esta apreciación de Rafael.

—Bueno..., es que me tengo que ir —dice con la vista puesta en otra parte—, tenemos una cena. Gracias por venir.

Así logra escabullirse de este espectro salido de un lugar tan remoto que, si le sigue dando coba, conseguirá avergonzarla.

—Yo también vivo aquí, en Barcelona —dice él como si lo hubiera querido decir antes y no hubiera podido.

—Qué bien —añade ella deseando sacárselo de encima—. Pues a ver si coincidimos otro día...

Con la inseguridad que le da la distancia, los años sin verse, pero al mismo tiempo con la confianza de saber que ella ha roto todo contacto con su padre y con el pueblo que un día los unió, mientras la ve alejarse, añade:

—Pero si estoy aquí no es por la obra, es por Teodoro, por tu padre.

No se esperaba que María Broto, con la que había compartido parte de la infancia, tratara de burlarlo

como quien sorteaba un socavón en el camino. Por eso no le extrañó que se parara en seco y se girara forzada, interrogándole primero con los ojos y después con palabras:

—¿Qué?, ¿mi padre?... ¿Qué ha pasado?

Hay un silencio que lo dice todo, y que obliga a María Broto a insistir.

—¿Ha ocurrido algo?

El hombre al que interroga con aire retador baja la vista. María se gira y grita un nombre:

—¡Vidal!, ¡Vidal, espera!

Ese tal Vidal agacha la cabeza ante la puerta del coche y le dice algo al taxista. Luego remonta la calle con pasos a todas luces disconformes y, cuando llega frente a ellos, no duda en coger del brazo a María Broto como si fuera necesario marcar terreno.

—¿Qué coño pasa, María, que no ves que llegamos tarde?

Pero María Broto no le hace caso, solo puede estar pendiente de ese hombre que durante dos horas no ha dejado de admirarla.

—¿Qué ha pasado?

—Me llamaron ayer del pueblo, fue tu abuelo, Zacarías. He tardado en localizarte y en enterarme de todo esto... —Alzando brevemente la mano señala el teatro—. Fue de repente. Un infarto. Les prometí a Zacarías y a Amparo que te encontraría.

Cuando María Broto tuvo la convicción de que quería ser actriz se distanció de su padre. Ambos hechos coincidieron por casualidad en un tiempo que ahora,

al sentir que ha culminado un largo proceso de formación con el estreno de *El jardín de los cerezos*, se le antoja lejano. Durante años, desde que se embarcó, becada por el Institut del Teatre, en aquel sueño de ser actriz, hasta hoy, había logrado salir adelante. En algunas etapas tuvo que combinar los vaivenes de la interpretación con trabajos alimenticios en gremios como el de la hostelería y el *atrezzo* en publicidad. A sus treinta y nueve años tenía por fin un representante con el que estaba de acuerdo en la mayoría de las cláusulas del contrato y en la manera de enfocar su carrera y había dejado de grabar anuncios de televisión para dedicarse exclusivamente al cine y al teatro. Pese a ello, a menudo recordaba los inicios, y muchas veces los echaba de menos. Añoraba el riesgo, la escasa preocupación por el dinero, los amigos esporádicos que en la noche prometían lo que nunca cumplirían luego, la intrepidez, vivir a salto de mata pero sin miedo, la huida continua en la que habitó, y, por supuesto, el despertar de la vocación y todas las dudas que acarreó.

Hacía tiempo que no pensaba en Teodoro, pero esa noche, después de haber aceptado sin ganas acudir a la cena, ausente y sin compartir su desasosiego con el resto de la mesa, se le aparecía su imagen a cada instante. Corrían el vino y los brindis pero su cara era un lamento. María mataba el tiempo evocando una época que se disipaba por los agujeros de un colador; y daba motivos así para que su fama de irascible y veleta adquiriera forma de obviedad. Creía que alguien que estuviera abatido no debía exteriorizar sus sentimientos y entorpecer la felicidad del resto de la noche de un

estreno tan deseado, y que lo mejor que podía hacer era fijar la mirada en un punto, haciendo caso omiso a los chascarrillos y a la celebración. Nadie entendería, además, que no se fuera a casa a llorar. Había muerto su padre. Ningún miembro de la compañía comprendería su postura. Es más, probablemente pensarían mal de ella y la acusarían luego, a escondidas, de ingrata e insensible. Que su manera de pasar el duelo consistiera en quedarse festejando una obra de teatro y dedicando alabanzas cada tanto a Chéjov y «a nuestro pequeño jardín», haría dudosa su afectividad, la autenticidad de su sufrimiento y su amor por la familia. ¿Pero qué familia tenía? Para ella, esa palabra no era más que sinónimo de neblina, de patraña, de migaja como las que se desperdigaban por el mantel y que se empeñaba en deshacer con los dedos. Suerte tenía, a fin de cuentas, de que Vidal estuviera a su lado, aunque la sacara de quicio su actitud jovial, tan falsamente bromista, esa manera suya de verbalizar en voz alta pensamientos sobre teatro sin tener ni idea, o peor aún, de contar chistes sin gracia. Que fuera incapaz de demostrar un indicio de ternura y que prefiriese seguir el juego al resto de los comensales, e incluso tuviera el coraje de pedirse otra copa antes que mirar el reloj y salir de ahí para compartir su sufrimiento bajo el abrazo estéril de la noche.

Nada más entrar en casa, Vidal enciende las luces del pasillo y se despoja de la chaqueta con maneras que delatan embriaguez, lo que provoca en María un gran deseo de soledad. El piso se le hace grande, un túnel bruscamente iluminado donde al dolor le sobra sitio para dejar su huella. Se lo había dicho muchas

veces: «Me molesta que enciendas todas las luces al mismo tiempo», pero él no hacía caso, una y otra vez se repetía la escena, lo que dejaba en María la sensación de hablar al vacío. Vidal, tambaleante, lanzó la chaqueta al sofá, pero en su corto vuelo cayó al suelo. Sin preocuparse por ello, propuso que se acostaran cuanto antes, y balbuceó: «Mañana será otro día», «venga, si además era un mentiroso». María echó de menos su empatía y maldijo en silencio su borrachera, tan pésimamente encubierta. Si no era capaz de ver que no quería dormir, que lo que necesitaba era comprensión, una conversación fraternal, ¿qué podía esperar en el futuro? Para evitar discusiones entró con él en la habitación, se desvistió y se puso el pijama. El contacto con la frialdad de las sábanas le hizo dudar de su decisión. Cuando él la besó en la frente, por encima del pelo, ni siquiera se molestó en ofrecer la cara y aún menos los labios. En cuanto Vidal empezó a roncar (cuando iba bebido era una cuestión de segundos), María se levantó y regresó a la oscuridad del salón. Rebuscó en su bolso hasta dar con el paquete de tabaco y el mechero. Sin ni siquiera ponerse algo de ropa, alzó las persianas. El final del invierno removía las hojas de los árboles. Pese al frío, se asomó al balcón a fumar. ¿No se estaría alargando demasiado esta segunda parte? Desde que lo dejaron por primera vez, nunca se lo había conseguido sacar de la cabeza, nunca había dejado de comparar. ¿Sigo porque es el único que me aguanta?, ¿vamos a algún lado? María se hacía a menudo estas preguntas, pero hoy, con todas las emociones que cargaba, no podían disuadirle. Los recuerdos se acumulaban y había que hacer esfuerzos

por ordenarlos cronológicamente. La infancia le avasallaba con toda su fuerza y le importaba mucho más que Vidal. ¿Cómo dar prioridad a unas vivencias frente a otras?, ¿cuál era el primer recuerdo?, ¿dónde estaba ese momento fundacional de conciencia de la vida? Quiso encontrarlo en las ficciones que leía por trabajo, en esos guiones y novelas que le pasaba su agente, y que a menudo le daban qué pensar. Admiraba esa capacidad de administrar la información y de dar al lector destellos de trama como cebos que conducían a una casa de cuento. Hoy esas casas eran una, la suya, la casa de su cuento particular, la que estaba en Valdecádiar, en el barrio alto, en una calle estrecha, sombreada, en la que siempre hacía frío. Ese era quizás su primer recuerdo, el frío, el frío combatido con las ganas de correr, los juegos, las risas, los lloros, los aprendizajes y el entusiasmo que tan poco tenían que ver con el entusiasmo de ahora, este presente exitoso y a la vez inseguro, frágil, que le había enfriado su manera de ser imponiéndole un corazón mucho más hermético y calculador que antaño. Durante su infancia sabía quererse a sí misma, aceptarse, sabía admitir sus defectos precisamente porque los obviaba. Ahora era consciente de ellos, de sus limitaciones, de sus arrebatos repentinos contra Vidal, de sus dudas, de su talante irritable. Él era de buena familia, había heredado este piso en el que vivían y, más allá del desgaste de los años, estaban bien, ¿pero bastaba con eso? Apuró al máximo la colilla y la lanzó a la calle sin mirar siquiera si pasaba alguien. Cerró el balcón. Le llegó el eco de esos ronquidos que tantas veces la desvelaban si a medianoche se despertaba para ir al baño. Ya

eran las 2 de la madrugada y tenía que volver a la cama. Al entrar en la habitación se descalzó con cuidado, aunque, en verdad, despertar a esa bestia, con todo lo que había bebido y comido, fuese harto complicado.

De nuevo bajo las sábanas piensa en su padre muerto, y en todos los años que durmieron juntos y ella cerraba los ojos sintiéndose el ángel de una fábula. Qué bien dormía con él, qué bien se duerme cuando el carácter aún no es capaz de volverse contra uno mismo, pensaba. Echó en falta el cansancio que normalmente la dejaba rendida después de las funciones. Con los ojos abiertos volvió inevitablemente a Valdecázar, con la certeza de que, mientras perseguía esa primera sensación, iba a pasar la noche en blanco. Tocaba decir adiós al jardín por segunda vez en una noche, ya se han ido, adiós, adiós mi juventud, adiós mi bello jardín. Adiós, padre. ¿Padre? Extraña palabra, ayer hueca, cuando no le decía nada, y que ahora sin embargo le decía tanto. Mañana debería repetir lo mismo, en el mismo escenario, pero ahora el día de mañana y el escenario quedaban muy lejos, porque entre medias se extendían un granero repleto de trastos que su abuela tenía el valor de llamar juguetes, pieles de animales, zarríos inservibles, días sin horarios y vísperas de fiesta, carreras, y una inocencia por cuya pérdida ahora, esta noche, por recuperar de ella ni que fuera un pequeño porcentaje, pagaría con lágrimas y con años. Como un arqueólogo, el pensamiento de María se fue aproximando a su infancia y nuevamente le fue dando la mano a su padre. Los dos en el camino de los huertos, el aire seco y harina en el

talego. El tacto de la franela del pantalón en la mejilla, el barro de los pies. Y un perro, sí, sí, su perro. Y también se encontró con un maestro cuyo nombre no atinaba a recordar, pero sí su fisonomía y también a su mujer, tan pizpireta ella, Esperanza, eso, Esperanza. Y a una amiga a la que no quiso perder y de la que, sin embargo, ya nunca más supo, la quejica y cándida Piedad. Así se imaginó leyendo su vida con la necesidad que acarrea querer sobrevivirla. Ahí estaba, puesta en páginas, escritas por alguien muy parecido a Rafael, el vecino con el que se había reencontrado hoy, al que había dado el teléfono y a quien, ahora estaba segura, llamaría en cuanto la claridad se hiciera cargo del cielo para decirle que sentía haberlo tratado así, (ay, esa soberbia tan absurda, y que tantas comeduras de cabeza le causaba luego. ¡Pero si se habían criado juntos!, siempre le pasaba lo mismo, ¿quién se creía que era?) y para que la sacara de dudas, ¿cómo había muerto?, ¿por qué?, y para que le ayudara así a entender todo aquello a lo que llevaba años dando la espalda.

María Broto aflojó el hilo dorado del recuerdo para ir deshilvanando fragmentos. Se dedicó a repasar la parte de su historia que conocía de primera mano, como si necesitara reconstruir su figura, esa que ella misma había roto pensando que ya tendría tiempo de recomponerla, y buscara una respuesta a la pregunta que tantas veces se había hecho, sin compartirla con nadie que no fuera el hombre que roncaba a su lado, ¿por qué lo quiso tanto y por qué dejó de quererlo?, ¿por qué se quisieron tan mal?, ¿quién era él, ahora que estaba muerto y ella entendía que, como en las obras de teatro que interpretaba y reflejaban la

vida, también ella habría de morir? Qué lejos quedaba la muerte cuando tenía tres años. No existía ni siquiera el concepto, ni siquiera la posibilidad de no estar. De niña nombraba cosas y personas que iban a durar, «abuelo», «agua», «castillo», «piedra», «huerto», ¿cómo iba a dejar de existir un abuelo, un padre?, ¿cómo iba a dejar de estar el perro, un corral, un vecino, aquel torreón? De niña una sale a la calle y estrena el mundo cada día, y maldice que le corrijan un ímpetu que, sin ser consciente, ella misma aprenderá con el tiempo a mitigar. ¿Cuándo se deja de estrenar el mundo? Cuando era niña estaba en paz con las costumbres, con la repetición de los días, con quienes la guiaban en los primeros pasos (el maestro, el padre, la tía Gracia, la abuela Amparo, el abuelo Zacarías) porque todo iba a durar siempre.

Siempre, esa palabra que también creyeron que estaba hecha para ellos, Vidal y ella. Siempre. ¿Cómo puede existir una palabra cuyo significado es incompatible con la vida?, preguntaba María Broto al vacío, Vidal a su izquierda, rompiendo el húmedo silencio, la rendija de la puerta con un arañazo de luz tenue del pasillo, pensando ¿en qué momento la vida deja de ir para adelante y te obliga a volver? En este, tal vez, se dijo, resignada, sintiendo el avance, la estricta sinrazón del arrepentimiento, y sola, ahora sí, como si finalmente habitara en esa verdad hecha de tiempo que, como un puñado de tierra, era imposible de retener entre las manos.